

á esto se dirigen sus mas dulces ansias desde que está en la prision. Mandó pues que se le volviese á meter en la cárcel.

Por la tarde mandó llamar á dos hermanos de los principales de la corte por su clase y su talento: «Id, les dijo, al pretorio; haced una visita de mi parte á Esteban de Ausencio, y nada omitais de cuanto pueda persuadirle el buen afecto que profeso á su persona. Acabo de sacarle de las puertas de la muerte. Esta gracia merece que use conmigo de alguna deferencia. Mas no, no tendrá ninguna: conozco bien la dureza de su genio. Prorrumpirá en vituperios y anatemas injuriosos. No obstante, si se atreve á hacerlo, tratadle como merece, y dadle tantos golpes que fallezca luego que os hayais retirado.» Partieron los dos señores para ejecutar esta orden bárbara, mas luego que vieron al Santo quedaron penetrados de una veneracion tan profunda que se postraron para besarle los pies y pedirle su bendición. No tardó mucho el emperador en saber esta conversion repentina, y luego que llegó á su noticia, salió de su aposento como un frenético, corrió por todo el palacio, y exclamó en el vestibulo: «socorredme, me hacen traicion, todos me abandonan.» Llegaron muchos cortesanos y rodearon apresuradamente su persona. «Retiraos, les dijo: yo no soy vuestro emperador: hay otro á quien han besado los pies y pedido la bendición. ¿Qué! ¿no habrá alguno que sea capaz de ejecutar mis órdenes? ¿no se hallará un súbdito fiel que abraze mi partido contra el gefe de los abominables, y que tenga valor para arrancar la vida á ese miserable Esteban?»

Apenas hubo pronunciado este nombre, cuando una multitud de aduladores é inicuos salieron con furor, y corrieron á la prision, gritando con amenazas que les entregasen á Esteban de Ausencio. Esta novedad no causó ninguna sorpresa al Santo, el cual se

habia despedido ya de sus hermanos, despojándose de todos sus vestidos monásticos, temiendo que sirviesen á los sacrilegios de la heregia; y reservándose únicamente la túnica de pieles, se ocupaba pacíficamente en hablar de las cosas celestiales con los demás confesores. Presentóse sin temor á los cortesanos sus verdugos, y á ejemplo de aquel por quien moria, les dijo: «yo soy Esteban á quien buscáis.» Le echaron en tierra brutalmente, ataron cuerdas á los grillos que tenia en los pies, y le arrastraron de este modo por la calle; todos se disputaban la ventaja de golpearle y hacerle nuevas heridas. Al pasar por delante de un oratorio antiguo de Santa Teodora, que el furor de los iconoclastas habia perdonado hasta entonces, y que estaba al lado de la primera puerta del pretorio, quiso manifestar todavía con un acto de veneracion religiosa la fé por la cual derramaba su sangre. Un tal Filomato exclamó diciendo: «mirad ese abominable que quiere morir como un mártir;» y dirigiéndose aceleradamente á las bombas públicas que habia allí destinadas contra los incendios, arrancó una gruesa armella, é hirió con ella tan fuertemente la cabeza del Santo, que espiró al instante. Apenas acabó Filomato de consumir el homicidio, cayó igualmente echando espumarajo por la boca, crugiendo los dientes y agitado cruelmente del demonio, el que no le dejó hasta la muerte. Continuaron arrastrando el cuerpo del santo mártir hasta hacerle enteramente pedazos y que se fuesen quedando por el suelo sus miembros y entrañas. El pueblo furioso repetia sus golpes sobre el cadáver. Por orden espresa del emperador hicieron salir todos los muchachos de las escuelas públicas á fin de aumentar el número de los asesinos. Cualquiera que rehusase concurrir á esta escena feroz, era declarado enemigo del César. En fin, arrojaron su cuerpo en un hoyo profundo, en el parage donde

habia estado la iglesia de San Pelagio, y que habian destinado para sepultura de los delinquentes. Concluida tan bárbara expedicion, fueron los cortesanos llenos de satisfaccion á referirla al emperador, el cual quedó tan gozoso que los hizo sentar á su mesa, y á cada circunstancia que le contaban del tratado al mártir antes ó despues de su muerte, manifestaba su alegría con grandes carcajadas (764).

Hubiera querido tratar del mismo modo á San Juan Damasceno, el mas terrible antagonista de los iconoclastas y de su falso concilio; pero bajo el dominio de los mahometanos, menos inhumanos é impíos que este emperador cristiano, se reia Juan de su furor y de los vanos anatemas que lanzaba contra él por medio de sus prelados hereges. A lo menos es constante que este doctor, uno de los mas ilustres de su siglo, terminó pacíficamente su carrera, aunque no se sabe á punto fijo cuándo murió, pues unos creen fué en el año 754 y otros en el 780. Continuó infatigablemente sus doctas obras, tanto sobre la moral como sobre los artículos principales de los diversos dogmas; pues no limitó su celo á la refutacion de los hereges sacrilegos de su tiempo, á los cuales pudo confundir con facilidad por sus propios excesos. Por esto debe causarnos poca admiracion el que ellos y su concilio, en perjuicio de la veneracion tan justamente debida á este ilustre doctor, hayan encontrado defensores y panegiristas en los falsos reformadores de los últimos siglos. Tales son los extremos á que reduce la primera licencia en dejar los caminos trillados de la Iglesia y el empeño de defender los sistemas y las novedades sustituidas á la tradicion.

El mas considerable de los tratados dogmáticos de San Juan Damasceno es su esposicion de la fé ortodoxa; cuerpo entero de teología compuesto segun el método de

Aristóteles, y el primer modelo de nuestros autores escolásticos. Está dividido en cuatro libros, el primero sobre los atributos de la Trinidad, el segundo sobre las obras asi visibles como invisibles de la creacion. En él se estiende mucho acerca de las facultades de nuestra alma. Hablando de la libertad del hombre dice que, aunque nuestras acciones libres sean el objeto de la prescencia de Dios, la predestinacion sin embargo no impide la libertad, «porque el Señor, dice, no quiere el pecado, ni precisa á la virtud.» En el libro tercero trata con mucha exactitud del misterio de la Encarnacion, y en el cuarto de los Sacramentos, dándonos un testimonio el mas brillante y enérgico de la fe de la antigüedad sobre la Eucaristia. «Si la palabra del Señor, dice, es todopoderosa; si, cuando dijo hágase la luz, se hizo inmediatamente: si, porque fué su voluntad, el mismo Verbo divino se hizo hombre, formándose un cuerpo de la sangre pura de una Virgen, ¿no pudo por ventura hacer del pan su cuerpo, y del vino su sangre? Y si me preguntais cómo el pan se convierte en cuerpo de Jesucristo, y el vino en su sangre, os responderé como el ángel á Maria: «el Espíritu Santo sobreviene, y obra esta maravilla incomprendible....» Si, el cuerpo unido á la Divinidad es verdaderamente el cuerpo tomado de la Virgen, no porque descienda del cielo el cuerpo que subió á él, sino porque el mismo pan y vino se convierten en la carne y sangre de Dios. Si preguntais todavía el modo cómo esto se hace, no puedo responderos sino que Dios es Omnipotente y su modo de obrar incomprendible.» En el tratado de las heregias, escrito por el mismo doctor, se hallan pruebas igualmente convincentes de la uniformidad y perpetuidad de la fé católica acerca de otros muchos artículos. Presenta y explica hasta ciento y tres contra igual número de

heregías. Los ochenta primeros son absolutamente los mismos que pone en su obra San Epifanio. El principal de los escritos morales de San Juan Damasceno es el de los Paralelos, dividido en tres libros, es decir, la comparacion de las sentencias de los Padres con las de la Escritura. Compuso tambien muchos himnos de un mérito particular, pues merecieron ocupar uno de los primeros lugares en el oficio de los griegos.

Aunque los fieles ortodoxos gozaban de mayor seguridad bajo el dominio de los musulmanes, que bajo el imperio de Constantino Coprónimo, sufrieron sin embargo varias persecuciones de aquellos conquistadores celosos luego que creyeron aseguradas sus conquistas (1). Se preciaban de una equidad imponente y capaz, ya que no de atraer á sus delirios, á lo menos de hacer su yugo mas soportable y borrar la memoria de sus antiguos robos y destrozos. Los cristianos de Damasco se quejaron al califa Omar de que les habian quitado la iglesia de San Juan contra la fé pública, y él les ofreció en resarcimiento la suma de cuarenta mil dinars, que así llamaban los árabes al sueldo de oro de los romanos (2). No quedando satisfechos con estos ofrecimientos, solicitaron y obtuvieron la restitucion de la misma iglesia; y luego, mediante una composicion voluntaria, fué cedida á los musulmanes que la habian convertido ya en mezquita, con condicion de que abandonarían á los cristianos sus pretensiones sobre todas las demas iglesias. Todo esto no era mas que hacer ostentacion de probidad, pero fué muy mal sostenida por los discípulos de Mahoma á ejemplo de los demas sectarios. No contentos con exigir grandes contribuciones de los cristianos,

(1) Theoph. pag. 334.

(2) Elm. cap. 15, pag. 77.

hasta pedir un dinar por cada monge, y estender el mismo tributo á los reclusos y estilitas, les prohibieron desde luego en Syria bajo el gobierno de Salem, tio del califa Almanzor, el fabricar mas iglesias, esponer la cruz, y hablar de su religion á los árabes. Abdalla, otro tio de Almanzor, les prohibió el estudio de las letras. Sacaron de su poder los registros públicos que la ignorancia de sus vencedores les habia confiado en casi todos los ramos de la administracion; pero la misma razon les obligó bien pronto á volvérselos. Sin embargo, en el reinado de Almanzor edificaron en Emesa una iglesia magnífica de San Juan Bautista, á la cual trasladaron su cabeza desde el monasterio de la Caverna, donde fué hallada en tiempo del emperador Marciano.

En 25 de abril de 757 terminó el Papa Esteban II con una muerte preciosa á los ojos del Señor cinco años de pontificado, ilustrados en los tiempos mas escabrosos con un celo eficaz por la gloria de la Iglesia, con una prudente firmeza en sostener la tradicion y con una caridad inagotable. Las viudas y los huérfanos, los indigentes de todas clases, le hallaron siempre pronto á socorrerlos (1). Despues de haber restablecido en Roma cuatro hospitales enteramente abandonados, hizo edificar otros tres dándoles grandes rentas. Amó á los religiosos, y concedió á los de San Dionisio en Francia el privilegio extraordinario de tener un obispo particular para su monasterio: distincion con que habian sido honradas antiguamente otras abadías célebres, como la de San Martin de Tours, y aun la de Fulda la ha conservado casi hasta nuestros tiempos.

El afecto que los romanos profesaban á Esteban se estendió á su hermano el diáco-

(1) Anast. in Steph.

no Pablo ó Paulo á quien eligieron en su lugar cuando estaba mas distante de pensarlo. Hallándose ocupado en llorar la muerte del Pontífice su hermano y en celebrar sus exequias, el arcediano Teofilacto juntó gran número de partidarios en su casa para hacerse proclamar Pontífice. Pero la mayor parte de los magistrados y del pueblo fueron á buscar á Pablo al palacio Lateranense; y apenas fué enterrado el Pontífice difunto, la faccion de Teofilacto se disipó enteramente. Fué ordenado Pablo el día 26 de mayo, y ocupó la Silla diez años. Su caridad no fué inferior á la de Esteban. Tenia un carácter tan tierno y compasivo, que no podia ver personas afligidas sin afligirse con ellas, hasta proporeionarlas por medio de socorros eficaces el consueio y la serenidad. Frecuentemente le sorprendieron de noche yendo á visitar á los pobres enfermos en sus humildes albergues, llevándoles el alimento y sirviéndoles en su cama. Visitaba igualmente á los encarcelados, y compraba la libertad de aquellos que estaban presos por deudas. Cuando se vió colocado en el trono pontificio, y en posesion de los ricos dominios que habian adquirido sus últimos predecesores, no fué menor su magnificencia religiosa en muchas fundaciones pias, en la construccion de diferentes iglesias, y en los donativos innumerables con que las enriqueció.

Inmediatamente que fué elegido Papa, escribió al rey Pipino dándole parte de su exaltacion, asegurándole de su afecto, pidiéndole continuase protegiendo á la Iglesia romana y prometiéndole en nombre de todo el pueblo romano que le seria fiel hasta derramar la última gota de sangre. Esta carta y las de algunos otros Papas del mismo tiempo tienen la fecha del reinado de los emperadores de Constantinopla, ya sea porque todavía se les considerase bajo ciertos respetos como soberanos

de Roma, ó mas bien, por un respeto poco uniforme del uso antiguo.

El rey Pipino ponía el mayor conato en no separar el interés del Estado del de la Iglesia. En el año 765 hizo celebrar un Concilio ó asamblea general de la nacion francesa en Attigni del Aisne en la diócesis de Reims (1). Además de San Crodegango de Metz, que le presidía, se hallaron en él veintisiete obispos, tanto de los que estaban en actual ejercicio, como de los retirados en los monasterios, y diez y siete abades. Dos años despues se celebró otro en Gentilli cerca de Paris. Del Concilio de Attigni no nos ha quedado mas que la promesa recíproca que hicieron los preladados de mandar rezar cada uno, despues de la muerte de alguno de ellos, cien salterios, de hacer celebrar cien misas por sus sacerdotes respectivos, y de decir ellos mismos treinta misas. Habiendo Constantino Coprónimo enviado embajadores á Francia para justificarse de las innovaciones escandalosas que trastornaban todo el Oriente y escitaban las mas vivas reclamaciones de parte de la Sede Apostólica, fueron oídos en el Concilio de Gentilli; mas en la imposibilidad de defender una causa tan mala, procuraron distraer la atencion de la asamblea proponiendo cuestiones relativas al dogma de la Trinidad, del cual no se trataba: acusaron á los latinos de que erraban haciendo proceder al Espíritu Santo del Hijo, del mismo modo que del Padre; y los reprendieron con mayor viveza por haber añadido la palabra *Filioque* al símbolo de Constantinopla. Disputóse mucho tiempo, pero inútilmente, segun todas las apariencias, pues no resultó decision alguna, á lo menos que haya llegado á nuestra noticia.

San Crodegango, célebre en el pontificado de Esteban II, á quien habia recibido

(1) Rom. 6 Conseilier. pag. 1701.